

Cupido 13

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Poly Bernatene





www.loqueleo.santillana.com

© 2007, RICARDO MARIÑO
© 2007, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4577-1
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: POLY BERNATENE

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Mariño, Ricardo Jesús

Cupido 13 / Ricardo Jesús Mariño ; ilustrado por Poly Bernatene. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

104 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4577-1

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Bernatene, Poly, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Cupido 13


Ricardo Mariño

Ilustraciones de Poly Bernatene

loqueleq

Para Cecilia...

LA ESCUELA DE ÁNGELES

 La Escuela de Ángeles funcionaba en una nube esponjosa y oscura, que iba y venía suavemente por el cielo. Al divisarla desde allá abajo, en la tierra, los meteorólogos de la televisión se apuraban a pronosticar horribles tormentas. Pero se equivocaban: la nube era oscura debido a la poca prolijidad de los angelitos alumnos que la manchaban con sus dedos untados de chocolate o la rayaban con marcadores.

La educación de los ángeles incluía un ciclo inicial en el que se recibían de ángeles de la guarda, y una especialización final, de un año. Las especializaciones eran de lo más diversas:

“Protector de niños torpes”.

“Protector de abuelos que suelen extraviar sus dentaduras postizas”.

“Protector de personas de manos temblorosas, dedicadas a coleccionar frágiles animalitos de cristal”.

Y mil cuatrocientas noventa más.

A cada persona, grande o pequeña, gorda o delgada, se le destinaba un ángel de la guarda. Lo mismo a cada gallina, gato, serpiente, mosca, cocodrilo o lo que fuera.

En la Administración del Cielo trataban de que ese ángel estuviera bien preparado para resolver cualquier tipo de problema. Así, la tarea diaria de un ángel de la guarda podía resultar bastante complicada, porque hay personas que en el mismo día se caen de una escalera, untan la tostada con crema dental o estornudan en la cara de un policía. El ángel debía estar atento para evitar esos accidentes.

Para un ángel de la guarda responsable de su trabajo, un día completo de cuidar a alguien distraído o amante del peligro parecía durar cien horas.

Por esa razón, una vez terminada la escuela común, muchos elegían una especialización más agradable y divertida: ángel cupido. Esta nube oscura precisamente era una de las escuelas especiales destinadas a formar cupidos que ya se habían recibido de ángeles.

Como todo el mundo sabe, un ángel cupido se especializa en el arte de hacer que dos seres

se enamoren. Su tarea es menos complicada que la de un ángel de la guarda. No es lo mismo tener que impedir que un niño arrastre de los pelos a su hermanito o se trague el control remoto del televisor, que andar por allí viendo a quién flechar para que se enamore.

Los ángeles cupidos suelen ser más bulluciosos y alegres que los ángeles de la guarda y por eso la nube oscura era la más ruidosa del cielo, y especialmente lo era aquella tarde en que se celebraba la entrega de diplomas.

Esta historia precisamente comienza el día de la Gran Fiesta de Fin de Año, un 13 de diciembre.


Los alumnos estaban formados, y frente a ellos se encontraban las autoridades y los maestros. La ceremonia era interminable. Como los angelitos son eternos, sus fiestas y ceremonias pueden durar muchísimo e incluir decenas de canciones y montones de discursos.

Pero de todos, éste era el momento de mayor expectativa porque después de los catorce discursos de las autoridades y del director, se daba lugar a la entrega de diplomas, destacándose con uno especial al mejor alumno del año.

Hitoshi, el más sobresaliente de los alumnos, seguía con nerviosismo el desarrollo del acto. No lo inquietaba tanto que le hubieran asignado la fila trece y el asiento trece, porque siempre, hiciera lo que hiciera, le tocaba ese número. Pero sí hubiera preferido no ser el mejor con tal de no tener que subir al escenario y tener que agradecer, hablando por el micrófono. Temía tropezar al subir la escalera, estornudar cuando le entregaran el diploma o tartamudear y equivocarse cuando le tocara pronunciar sus palabras de agradecimiento.



UN PERRO ESCAPA DE SU CASA

 erpendicular a la nube, allá abajo, en la tierra, había un perro enorme, blanco y peludo como un oso. Se llamaba Confuso, y en ese momento –cinco de la tarde del domingo– estaba en el patio de su casa, mirando pasar aquella nube más oscura que las demás.

Confuso pensaba en la tormenta que se podía desatar. También pensaba en su dueño, el señor Dimitri Dimitrovich.

Era bastante común que Confuso tuviera dos pensamientos a la vez. En general se trataba de dos ideas que no tenían nada que ver una con la otra, pero que poco después se juntaban.

Cuando se juntó el pensamiento “nube oscura” con “Dimitri Dimitrovich”, apareció un tercer pensamiento. El tercer pensamiento decía: “Dimitri está durmiendo la siesta. Esa nube oscura indica que va a llover. Para cuando Dimitri se despierte ya habrá empezado a llover

y yo me quedaré sin paseo por el parque. Maldito dormilón”.

Los siguientes pensamientos de Confuso estuvieron dirigidos a criticar a su dueño: era el humano más aburrido que conocía. Nunca iba a pescar, no jugaba con una pelota, no paseaba en automóvil o en bicicleta. Tampoco discutía con su esposa como hacía el vecino. Y claro ¡si no tenía coche, bicicleta ni esposa!

La mayor parte del día Dimitri miraba la pantalla de una computadora y golpeaba el teclado con sus dedos. Otros humanos se ocupan de escalar montañas, pintar casas, cortar sabrosos trozos de carne, viajar en naves espaciales o entrenar perros. Dimitri, no.

Cuando no pasaba horas leyendo libros y mirando la pantalla de la computadora, se iba de la casa ¡sin su perro!, y no volvía hasta la noche.

Las comidas que preparaba Dimitri consistían en insulsas sopas o alguna otra cosa con verduras. A su perro le servía un plato con ese desagradable alimento en caja, que Confuso no tenía más remedio que tragar mientras olía el delicioso aroma a carne asada que venía de la casa vecina. ¡Qué gente

divertida debían de ser esos vecinos! ¡Peleaban entre ellos, se tiraban objetos y comían huesos asados!

Pero lo peor de Dimitri era esa costumbre de dormir los domingos a la tarde, sin tener en cuenta que podía llover y que en ese caso su perro podía quedarse sin paseo. ¡Con lo lindo que es pasear!

El pensamiento “siesta” se juntó al pensamiento “qué lindo que es pasear” y de los dos salió un tercero: “me escapo”.

Confuso saltó a una silla, de la silla a una mesa y de la mesa al tapial. Una maceta que estaba sobre la mesa se cayó, rodó hasta el borde y se hizo trizas contra el piso. ¡Con lo que su dueño quería a esa planta!

Confuso no pudo mantenerse parado sobre la pared como había imaginado, sino que directamente cayó del otro lado y fue a dar de cabeza contra un árbol.

Cuando se recobró, caminó unos pasos mientras pensaba en que nunca había estado solo en la calle.

Con una mezcla de miedo y alegría salió corriendo hacia el parque. Era libre. Nunca más sería un perro encerrado en un patio. Recorrería el mundo. Viviría mil aventuras. Comería carne.

Hablaría otros idiomas. Nunca más regresaría a la casa del aburrido Dimitri Dimitrovich.

Tan entusiasmado iba, que cruzó la calle a la carrera sin mirar el semáforo. Tres automóviles que venían muy rápido frenaron a centímetros de Confuso que aulló como si lo hubieran llevado por delante. ¿Habían comenzado las aventuras?

En el parque encontró a un caniche parado delante de una bolsa de plástico. Iba y venía, hacía dos pasos para cada lado y cada vez volvía a mirar la bolsa.

Confuso jamás había tenido un perro amigo y ahora que andaba solo se le ocurrió que podía intentar que ese caniche fuera el primero. Sólo que desconocía cómo se inicia una amistad. Seguramente no correspondía ir directamente a decirle al otro “quiero ser tu amigo”. Debía haber otra manera. Por ejemplo, hacer algo que despertara la admiración del otro.

Para caerle bien a ese perro se le ocurrió romper la bolsa de residuos. Seguramente el caniche no se atrevía a hacerlo por miedo a que un humano se enojara. Era tan pequeño que debía temerle a todo.

Confuso se dijo que ésa era una buena oportunidad para él. Mordió la bolsa, la sujetó con